

Sandino

Director: Miguel Littin
 Con Joaquim de Almeida y Kris Kristofferson
 Hispano-chilena, 1990.
 Mayores de 14.

Sandino sólo tiene un problema: no es película.

En parte porque se trata de una miniserie de televisión con tres episodios de 55 minutos, sintetizada en un filme de 136, pero sobre todo porque su retórica o, si se prefiere, estética es básicamente televisiva. Eso se da en esencia en sus personajes de una pieza, simplificados sin sutilezas y de la acción misma. Probablemente sería más justo ver y evaluar esta obra en la televisión, como miniserie propiamente tal.

Como biografía de Sandino tiende a lo hagiográfico, pero al mismo tiempo no es una obra ideologizada, más allá del idealismo nacionalista del protagonista. Éste se resiste a la presencia, en territorio nicaragüense, de tropas de ocupación norteamericanas (infantes de marina), y contra ellos será su lucha. Su caída y muerte incluso será provoca-



Joaquim de Almeida, intérprete de Sandino.

da por la retirada de los *marines*, cuyas funciones serán cumplidas por la Guardia Nacional de Anastasio Somoza. Frente a la partida de las tropas extranjeras, Sandino disuelve las suyas, queda indefenso y es muerto.

carna al periodista norteamericano al que Sandino, bien interpretado por Joaquim de Almeida, relata su historia. En papeles menores se desempeñan Dean Stockwell y Omero Antonutti, el recordado actor de *Padre padrone*.

H.E. ■



Trabajo de los actores fue muy superior a la obra.

TEATRO

HE (Diskette)

Obra sin dramaturgo

La muerte y la doncella (Teatro Regina, Vicuña Mackenna 602) pone el dedo en la llaga frente a las variadas opciones y alternativas provocadas por las violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, al margen de que se concuerde o discrepe con lo planteado, lo que prima en la obra de Ariel Dorfman son los lugares comunes.

Los personajes son tres: un abogado integrante de la Comisión "Verdad y Reconciliación", que cree en el estado de derecho (Hugo Medina); un médico (Tito Bustamante), que le ayuda luego de una pana en la carretera, y la mujer del jurista (María Elena Duvauchelle), que reconoce en el doctor a quien la torturara y violara cuando estuvo presa. A través de este microcosmos, se plantean las alternativas de acción frente a quienes violan los derechos humanos.

Un gran defecto de la obra es ser terriblemente discursiva. Al comien-

zo pasan por lo menos quince minutos sin que se sepa dónde quiere ir. Introduce por lo menos un episodio superfluo, en que la esposa, al regresar a casa tras semanas de detención, encuentra a su marido con una amante.

Más que todo lo anterior, la obra es externa, sin que se sienta una vivencia o compromiso personal, más allá del terreno de la elucubración intelectual. Es el polo opuesto a la fuerza y sabor a autenticidad de una película como *Imagen latente*, de Pablo Perelman. También queda claro que Dorfman no es dramaturgo, sino un principiante que no domina su oficio.

Lo admirable del espectáculo es la forma en que los actores (dirigidos por Ana Reeves) hicieron lo humanamente posible por darle intensidad a la obra. Hay momentos en que incluso lo consiguen. La escenografía, nada aporta.

Hans Ehrmann ■

Nº 2902

1991

P. 37